

## CELIA VIÑAS Y LAS MONJAS DE ANTAS: RELACIONES DE AMISTAD Y TESTIMONIOS LITERARIOS

FRANCISCO GALERA NOGUERA  
*Universidad de Almería*

Antes de entrar en el tema de este artículo, la amistad de Celia Viñas con las monjas de San Vicente de Paúl del convento de Antas y la producción literaria que ello ocasionó, conviene dar unas pinceladas sobre su trayectoria vital y literaria para quienes su figura no sea muy conocida<sup>1</sup>.

Celia Viñas nació en Lérida el 16 de junio de 1915 y asistió desde muy pequeña a las clases de la Escuela Aneja de la Normal de Magisterio, donde su padre era profesor. Cursó el Bachillerato, ya en Palma de Mallorca, donde recibió la influencia decisiva de su profesor, el catedrático y político Gabriel Alomar. Se licenció en Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de Barcelona en 1941. Allí completó su formación universitaria con la asistencia a todas aquellas actividades que destacaron en el panorama cultural catalán. Tras obtener el número uno en las oposiciones a cátedra de Lengua y Literatura de Enseñanza Media, llega a Almería el ocho de marzo de 1943. Pasa su primera noche en el Hotel Simón, donde se construyó el actual edificio «Simago» del Paseo de Almería. A los pocos días cambiará de hotel y se irá a «La Rosa», el desaparecido «Andalucía». Enseguida toma cariño a la ciudad, al Instituto, a sus alumnos... Afirma en una carta a su familia:

*«Estoy casi decidida, si no es para reunirme con vosotros, no me muevo de aquí. Además, y no es pisto, desde que yo llegué el Instituto se animó: excursiones, certámenes, conversaciones de arte con los alumnos, incremento del préstamo de libros... Tengo medio embrujadas a las niñas, desconcertados a los niños, embobados a los profesores viejos y algo despistados a los jóvenes que no saben aún realmente cómo han de tomarme»<sup>2</sup>.*

<sup>1</sup> Un estudio completo de este personaje lo encontrará el lector interesado en mi libro *Vida y obra de Celia Viñas*, IEA, 1991.

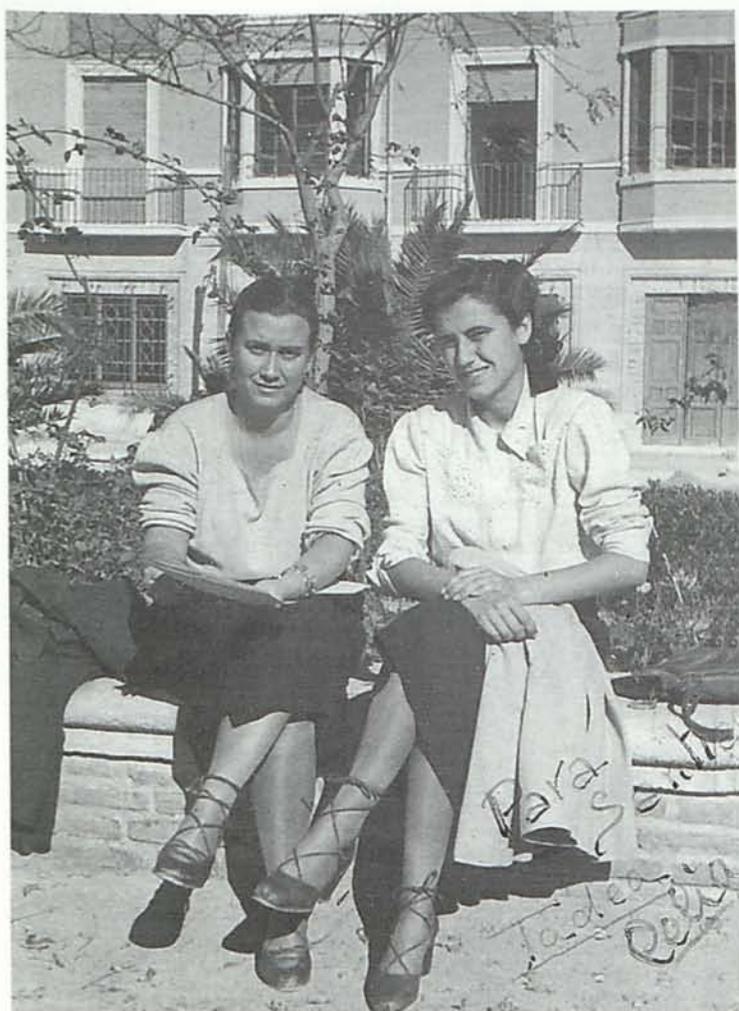
<sup>2</sup> Carta inédita de Celia Viñas a su familia: Almería, 8 de abril de 1943.

Celia, junto a nombres como los de Jesús de Perceval, Juan Cuadrado, Hipólito Escolar... tuvo una importancia tan significativa en aquellos años de posguerra que rebasó los límites de Almería. Fue, por encima de todo, una profesora entregada a su trabajo, con espíritu moderno, avanzada, progresista y adelantada a su tiempo. Dice a Marta Mata:

*«Yo trabajo en Almería como un misionero... encontré unas almitas niñas desiertas, secas como esta tierra trágica que me preocupa estéticamente, casi místicamente, tierra paria, tierra cruz... y procuro descubrir los rinconcitos donde el alma se esconde y canta su eterna canción verde... Hoy se lee y se escribe en Almería. Los muchachos jóvenes no se avergüenzan de su sensibilidad y las niñas leen menos novelas rosa. ¿Cómo lo consigo? Mi labor no se limita a la cátedra, soy amiga de tantos como puedo, confidente de muchos, bibliotecaria de todos... y yo ya no soy yo cuando llego a Almería»<sup>3</sup>.*

La influencia de Celia Viñas, como pedagoga y sembradora de ilusiones literarias, fue decisiva en las varias generaciones que tuvo a su cargo en la cátedra. Como una profesora de nuestros días, les explicó y enseñó a amar a García Lorca, Machado, Miguel Hernández... Se alejó de los modelos educacionales vigentes en la posguerra. Va a provocar un despertar cultural en la ciudad, no sólo en clase, sino fuera de ella. El impulso y protagonismo por parte de Celia fue decisivo, especialmente en 1947. Dos centros: el Instituto y la Biblioteca Villaespesa y un movimiento —el Indaliano— son los tres grandes focos de la cultura almeriense en ese momento. Fue un regalo para nuestra tierra. Fue un grano de trigo sembrado, demasiado prematuramente (murió el 21 de junio de 1954 y en el cementerio de Almería está enterrada) en el desnudo paisaje almeriense, que aún sigue dando sus frutos.

<sup>3</sup> Carta inédita de Celia Viñas a Marta Mata: Almería, 21 de junio de 1945.



Celia Viñas y Tadea Fuentes, profesora y alumna, en los inicios de lo que sería una amistad humana y profesional sin parangón. [Año 1948]. (Col. Hijos de Tadea Fuentes)

Cultivó, como escritora, todos los géneros literarios, destacando su faceta lírica. De sus obras poéticas, vieron la luz en vida: *Trigo del corazón* (1946), *Canción tonta en el Sur* (1948), *Palabras sin voz* (Ifach, 1953) y *Del foc i la cendra* (Moll, 1953). Y después de su muerte: *Como el ciervo corre herido* (1955), *Canto* (Ágora, 1964), *Poesía última* (Caja de Ahorros de Almería, 1979). Además, la Antología de Adonais (1976) y *Oleaje*, publicada por la *Voz de Almería*, en 2004, con motivo del cincuenta aniversario de su muerte. En prosa, sólo el libro de ensayo, *Estampas de la vida de Cervantes*, fue publicado en vida, 1949, por la Biblioteca Villaespesa como homenaje a Celia. Obras póstumas en prosa: *Plaza de la Virgen del Mar* (teatro, coautora Tadea Fuentes, Cajal, 1974), *El primer botón del mundo y trece cuentos más* (colección de cuentos, Everest, 1980), *Viento levante* y fragmentos de *Tierra del Sur* (novelas, IEA, 1991), *De esto y aquello* (artículos, IEA; 1995).

Celia Viñas estuvo muy relacionada con Antas, pueblo del levante almeriense que, en aquellos años de posguerra, se encontraba a una hora y media desde la capital, por la Nacional-340, más unos diez o quince minutos por la carretera local que conducía al centro de la localidad. A lo largo de ésta, paredes de escasa altura de roca caliza, blancas, transparentes, casi luminosas, reflejando el sol de estío. El pueblo, limpio y tranquilo, olía a pan, a tierra de labor, a frutas, a corrales próximos. El aire era sano, puro, seco y transparente. Los naranjos cubrían grandes extensiones y pequeñas parcelas.

Acudía al convento de las monjas de San Vicente de Paúl cuando se sentía cansada, se encontraba enferma o necesitaba un poco de relax para la trepidante actividad que siempre llevaba a acabo. Allí se refugiaba también para realizar los Ejercicios Espirituales con las Hijas de la Caridad (la abnegada y encomiable labor de estas monjas se extendía al Hospital Provincial, al Milagro, al Psiquiátrico...). Todo ello lo recoge en algunas de sus cartas, cuyas fotocopias conservo. Veamos unos ejemplos. Le dice a su amiga, la poetisa Trina S. Mercader: «*Antas, ¡qué tierra de oración y soledad!*»<sup>4</sup>. A su alumno predilecto, Gabriel Espinar (fue catedrático de Lengua y Literatura en el Instituto de Huércal-Overa y murió hace unos años), le comenta: «*Pasearé por el campo, escucharé cada mañana el canto de los pájaros, haré la novena de la Virgen de la Cabeza — o como se llame esa juerga mística— y me dormiré dulcemente y creo que, voluntariamente, feliz*»<sup>5</sup>. Y en esa misma carta añade: «*La paz de Antas me ha concedido una Comunión delicada y gentil como un piroppo a lo divino*». Y en otra anterior le cuenta al propio Gabriel: «*Subiendo y bajando cerrillos con el corazón lleno de Dios, cosa que siempre me ocurre cuando voy a Antas*»<sup>6</sup>. Unas líneas después, en la misma misiva, habla en plural ya que se refiere también a Tadea Fuentes, otra de sus alumnas más destacadas y autora con Celia Viñas de la obra teatral *Plaza de la Virgen del Mar*, natural y vecina de Antas, con cuya familia Celia tuvo gran amistad y cuya casa

<sup>4</sup> Carta inédita de Celia Viñas a Trina S. Mercader: Palma de Mallorca, 27 de julio de 1950.

<sup>5</sup> Carta inédita de Celia Viñas a Gabriel Espinar: Antas, 4 de septiembre de 1949.

<sup>6</sup> Carta inédita de Celia Viñas a Gabriel Espinar: Palma de Mallorca, 20 de julio de 1949.

visitaba con frecuencia: «*Subimos a la Pernería y rezamos nuestro Padrenuestro ante el sol que moría. Después corrimos a la Iglesia*». A Celia le encantaba el hogar de la familia de Tadea. Comentaba que así serían Arturo y ella dentro de veinte años y que ella deseaba tener unos hijos como Tadea, Pepe y Angelina. Tadea Fuentes fue Catedrática de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Escuela de Magisterio de Granada y después en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de esta ciudad cuando la Escuela de Magisterio se integró en ella. Ha muerto recientemente y los compañeros de Departamento han dedicado un libro a su memoria con colaboraciones de profesores de diversas universidades. Yo quise rendirle homenaje con el artículo titulado «Tadea Fuentes y Celia Viñas: inquietudes didácticas y teatrales compartidas».



Tadea Fuentes, en los primeros años como docente [hacia 1960]  
(Col. Hijos de Tadea Fuentes)

Algunas de las hermanas del convento aún la recuerdan. Sor Luisa, desde Tetuán, me aporta este testimonio sobre Celia: «*De una fe profunda y de una humanidad fuera de serie. Siempre alegre, sonriente y dispuesta a dar la mano a cuantos lo necesitaran. Fue el paño de lágrimas de muchos pobres y ayudó económicamente a varias niñas de Antas para la compra de libros para el bachiller... El mismo día de su entierro muchos pobres del barrio lloraron a Celia como a una madre, pues yo bien sabía de las ayudas que les hacía sin ruidos, como manda el Evangelio: sin que la mano derecha se entere de lo que hizo la izquierda... Amiga siempre fiel y leal. Quizás no muy bien comprendida por algunas que la conocían sólo a medias...*»<sup>7</sup>.

Celia les enviaba cartas, postales y felicitaciones navideñas desde Mallorca, Almería u otras ciudades donde se encontrara de viaje. Las cartas, además de las cuestiones personales, tratan con frecuencia de temas relacionados con los estudios, libros y problemas de los estudiantes de Antas. Al mismo tiempo les hace partícipes de sus cosas. Hay

una carta de mayo de 1954 —recordemos que murió el 21 de junio de ese año— en la que confiesa que está enferma y llena de resignación ante la voluntad de Dios, que no goza de la alegría habitual en ella, que espera pasar un buen verano si Dios se lo permite. Es una carta de voz doliente y llena de inquietud.

Las monjas cuentan que cuando Celia se aproximaba al convento, gritaba: «*Hermanas, estoy aquí*». Y al entrar en el patio, añadía: «*Que nadie se mueva, permaneced en vuestro sitio*». Se sentaba en uno de los escalones y comenzaban la larga conversación. Ante la invitación de las niñas para dar un paseo, respondía: «*Un momento, me doy un golpe de peine y lista*». Dormía en la habitación que las monjas habían habilitado para sus amistades. En alguna ocasión, en compañía de Leopardo Anchóriz y de Remedios Casamar, se le hacía de noche e incluso llovía, debiendo atravesar por medio de los campos con el riesgo de caídas y lesiones. Esto le ocurrió una vez, viéndose obligada a guardar cama en el convento durante

<sup>7</sup> Carta de Sor Luisa a Francisco Galera: Tetuán, 18 de abril de 1982.

quince días. En dicha convalecencia se desmayó varias veces. Sor Teresa había comentado que esta mujer se moriría en cuanto se casara, recordando aquellos ataques (lipotimias) que le daban y que tanto asustaban a sus propios alumnos. Celia los achacaba al cansancio ya que trabajaba sin respiro alguno y cuando se paraba, parecía que se le detenía el corazón, aunque enseguida se dominaba y continuaba en un acto de voluntad y dominio asombrosos.

De acuerdo con los diversos testimonios literarios de Celia Viñas, en los años cincuenta había cinco hermanas en el convento. Veamos algunos textos de nuestra autora sobre ellas.

Sor María era canaria, ya mayor y muy señora. El artículo, titulado «Noticiero espiritual de nuestros pueblos: Antas»<sup>8</sup>, es un recuerdo-homenaje a sor María Zurita y Galindo en el quincuagésimo aniversario (1897-1947) de su consagración al Señor en la Compañía de las Hijas de la Caridad, concretando el mes, mayo, y el lugar, la Escuela de San José. De él extraemos el siguiente fragmento:

*«Queremos en el día de hoy hablar en el nombre de todos. De los niños que se educaron y se educan en este colegio. En nombre del pueblo entero y en nombre de todos aquellos a los que consagrasteis vuestra vida de caridad y amor, vuestra vida entregada a la humanidad por Cristo... Quisiéramos devolveros todo el cariño que vos nos habéis dado y que os sintierais feliz con nosotros. Vinisteis de vuestras tierras canarias, de aquellas islas de las que sabemos tan poco; nos hemos aprendido los nombres geográficos... casi nada más pero sí sabemos de sus palmas, de su Virgen del Pino y de un pueblo de grutas antiguas. También hemos oído cantar una folia y recitar unos versos:*

*Todas las canarias son  
como ese Teide gigante  
mucho nieve en el semblante  
y fuego en el corazón».*

Añade que el mejor de los elogios de su tierra lo conocemos por el amor maternal de Sor María. Por lo que «hoy todo el pueblo da las gracias al vuestro por vos. La Virgen de la Cabeza a la milagrosa Virgen del

<sup>8</sup> Este artículo fue publicado en la *Hoja Parroquial* de Antas (Almería), en 1947. Después ha sido recogido en el libro de artículos de Celia Viñas Olivella, *De esto y aquello*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1995, pp. 127-129.



Sor María Zurita Galindo, en una imagen de nuestra Guerra Civil cuando las monjas de las Hijas de la Caridad, de Antas, tuvieron que secularizarse y vestir de laicas para evitar posibles represiones.  
(Col. Lucía Segura)

*Pino, la escuela de Antas a la escuela donde aprendisteis a querernos y enseñarnos... y os ofrecemos un ramo de naranjas y plátanos unidos como símbolo de amor...».*

Termina Celia el pequeño homenaje a esta maestra, que en «el más oscuro poblado de la provincia celebra sus desposorios con la enseñanza y el Divino Esposo con la elegancia de un auto sacramental», con la siguiente décima:

*Sor María, Sor María  
en vuestras manos de plata  
el tiempo se nos desata  
con sortijas de alegría  
cincuenta anillitos de oro  
cuentan los años, tesoro  
de esponsales y ternura  
y el Señor se me figura  
si tu labor te desvela  
un maestro de hermosura  
en el cielo de tu escuela.*

Para ella escribe el anterior poema que después aparecerá en la página 39 del libro *Como el ciervo corre herido*<sup>9</sup>, con la dedicatoria «A Sor María Zurita Galindo, en el quincuagésimo ani-

<sup>9</sup> El libro de poemas sacros *Como el ciervo corre herido* fue preparado y publicado por Arturo Medina en Almería, en 1955. Recoge 67 poemas de carácter religioso. De las 88 páginas que ocupan los poemas, 12 de ellas las dedica a sus monjas de Antas.



Monjas de Antas en los años sesenta. De izquierda a derecha, desconocida, sor Ascensión, sor Amparo, sor Teresa, desconocida, sor Luisa y sor Carmen. (Col. Hijas de la Caridad de Antas)

versario de su Consagración» y fechado en Almería, en mayo de 1947.

Otra de las monjas era Sor Luisa. Castellana, alta, un poco gruesa, pero conservando la finura de rasgos, nariz delgada y ojos sagaces y dulces. Se trata de la hermana que me escribió desde Tetuán. Refiriéndose a ella, le dice Celia a Gabriel Espinar: «Por fin, forzando la marcha de exámenes, pude irme el día 26 a la Profesión de Sor Luisa en Antas»<sup>10</sup>. Le dedica tres extensos poemas fechados en septiembre de 1949 y recogidos en el libro, ya mencionado, *Como el ciervo corre herido* (páginas 57-61). El primero, que lleva por título «Romance a Sor Luisa, maestra de párvulos, en el día de su profesión», comienza así:

*Ángeles y querubines  
cantan -¡Santo, Santo, Santo!-  
y vienen hoy a tu escuela  
con pizarritas de párvulos.*

<sup>10</sup> Carta inédita de Celia Viñas a Gabriel Espinar: Almería, 1 de octubre de 1949.

*Ángeles y querubines,  
con su dulcísimo pasmo,  
te ven vestida de novia,  
nieve y lirio, blanco y blanco...*

Y termina:

*-¡Santo, Santo, Santo, Santo!-  
que en los palacios del cielo  
se asoman para mirarlos.  
¡Ay, la gala de la villa,  
la flor del campo!*

El segundo poema aparece con el título «Romance del alba en Antas» y debajo, a modo de subtítulo, «A Sor Luisa, en la mañana del 27 de septiembre». Algunos versos:

*Que se nos viene cantando,  
que se nos viene de prisa  
el alba cuajada en flor  
con trescientas campanillas...*

.....



Sor Manuela, hacia 1945.  
(Col. Angelines Soler García)

*Que se nos viene cantando  
-¡Sor Luisa, Sor Luisa,  
no hay más amor que el Amor  
ni más vida que la Vida¡-  
y tiene las manos llenas  
de flor de azahar la novicia.*

.....

*-Que se levante la novia,  
manos de confitería,  
corazón de cera y miel,  
Sor Luisa, Sor Luisa.*

El tercero, sin título, está encabezado con esta larga dedicatoria: «A Sor Luisa, Hermana de San Vicente de Paúl, el día de su Profesión en el amor de Dios y en liras del Siglo de Oro». Como muestra de la belleza literaria de estos versos, las dos primeras y las dos últimas estrofas:

*No hay miel, leche ni rosa  
sobre los dulces labios del Amado,*

*los labios de las esposa  
la hermosura han besado  
de montes, cedros, ríos y ganado.  
No hay leche, rosa y miel  
que hay mosto de granadas, uva y beso,  
¡ay, rescatada piel!  
¡ay, dulcísimo peso!  
¡ay, sabrosa dulzura del suceso!*

.....

*Y el mundo se hace llama,  
piña de flor de fuego estremecida —  
y el corazón reclama  
la sosegada herida,  
la muerte dulce en brazos de la Vida.*

*Entremos, Amor mío,  
en el firme silencio sin riberas,  
el alma sin fronteras  
y el corazón ceniza en tus hogueras.*

Celia conoció muy bien y quiso mucho a Sor Manuela. Tenían un temperamento parecido, nerviosas, activas, batalladoras. Le mandó, con motivo de sus Bodas de Plata, un cuaderno de romances y liras, muy a lo S. Juan de la Cruz. La propia Sor Manuela realizó dibujos en él. Su muerte, de cáncer, fue un duro golpe para Celia. Le escribe cuatro poemas que ocupan las páginas 61-67 de *Como el ciervo corre herido*. El primero, «Nana gramatical en la escuela de Sor Manuela», es un juego de palabras que le da un carácter infantil a estos sencillos versos.

*Vamos todos a cantar  
para que el niño duerma  
la canción del verbo amar.*

*Amo, amas, amaré...  
El Niño Jesús se duerme  
parvulito de abecé,  
arrrró... a-b-c.*

*Vamos todos a cantar  
la canción del verbo amar.*

*Amaremos, amaría...  
El Niño Jesús dormido  
en tan fina algarabía.*

...

*Que ame él y que ames tú...  
Con lecciones de Gramática*

*tiene miedo Belcebú...  
 ú...ú...ú...  
 El verbo amar.  
 En la Gloria despertar.*

El segundo de los poemas, «Bodas de plata de Sor Manuela en Antas», consta de diez liras y recoge al final la fecha: marzo de 1950 y domingo.

*¡Qué amor más sosegado,  
 más libre del sollozo y la agonía,  
 la Esposa y el Amado  
 el pan de la alegría  
 han gustado en la paz de cada día!*

*El agua, el pan, la sal,  
 día a día, gozosos y encantados,  
 el alma de cristal,  
 los pechos reclinados,  
 en un tiempo sin llagas ni costados.*

...  
*Morir, vivir, ser vida  
 sobre los dulces brazos del Amado.  
 Morir, vivir dormida,  
 silenciosa y herida  
 por el dardo más alto y más dorado.*

*Hiere, Señor, amores,  
 hiere, duro Señor de las verdades,  
 En un lecho de flores  
 dormiré mis "saudades",  
 llagada en tus eternas claridades.*

Cada uno de los otros dos poemas están encabezados por una dedicatoria que sirve de título. Ambos son romances. El primero, «A Sor Manuela en sus Bodas de Plata», comienza:

*Veinticinco maravillas  
 maduran la madrugada  
 y se hacen rosas de luz  
 los cantos de las campanas.  
 Las campanas, las estrellas,  
 los trigos verdes, las cañas,  
 la piedra, el río, la calle,  
 todo el pueblo en alborada.  
 Las bodas, ¡ay, flor de azahar!*

...



De izquierda a derecha, sor Manuela, dos desconocidas en el centro, y sor Teresa. (Col. Anita Ridao)

Del segundo, «A Sor Manuela en su Bodas de Plata de Vocación», tomo algunos versos:

*Veinticinco primaveras  
 y veinticinco veranos,  
 alegrías, alegrías  
 de cosechas y trigos altos...*

...  
*¡Ay, Sor Manuela, maestra  
 de la alegría del campo!  
 ¡Ay, Sor Manuela, maestra  
 de las flores del naranjo!*

...  
*Todo el pueblo hoy hecho niño  
 con delantalito blanco  
 entrará con la cara sucia  
 en tu escuelita de párvulos,  
 la lección bien aprendida  
 y el corazón para darlo.  
 Tantos hijos cuentas, madre,  
 que ya no puedes contarlos.*

*Y entre los más chiquititos  
 el Niño Jesús ha entrado.*

Otras hermanas que estuvieron por aquellos años en el convento fueron Sor Teresa, la madre,

dicharachera y algo regordeta, y Sor Carmen, la más joven y muy alegre. Sobre ellas no conservamos testimonios literarios de Celia Viñas.

Terminemos este breve recorrido literario celiano, testimonio del cariño y la amistad que nuestra autora profesaba por las hermanas de Antas, extensibles al pueblo (su gente, su paisaje, su iglesia, sus imágenes, sus costumbres...) con el poema «Cristo de la Paz», que Celia Viñas dedicó a esta imagen de la Iglesia de Antas que tanto veneran los paisanos y vecinos de esta bella localidad del levante almeriense. Aparece en las páginas 26-27 de *Cómo el ciervo corre herido* y está dedicado a «D. Gonzalo, cura párroco de Antas».

*Huésped del crepúsculo,  
Cristo de la paz,  
Inmóvil.*

*- He aquí que estoy a la puerta.  
- Voy, Señor, descalza voy.  
- Reclina tu cabeza.  
Vigilantes mis ojos de tierra,  
amorosas mis manos de tierra,  
mis labios de tierra.*

*Dios, mudo, silencioso.  
Huésped del crepúsculo,  
Cristo de la Paz,  
Inmóvil Señor de la confidencia,  
dame la mansedumbre de tu mar  
plegado, doblegado a Ti  
y a tus pies.  
Almohada de barro mi corazón,  
pero, en la tierra, la huella de tus dedos.*

*Quiere por mí,  
Señor. Desea por mí, Cristo de la Paz.*

*No, no estás muerto,  
Huésped del crepúsculo.  
No, no duermes,  
Cristo de la Paz.  
Estás aquí. Almohada de tierra  
y el polvo de mi nada en tus cabellos  
y el rocío de la noche  
y la escarcha de mi pecho.  
Dios inmóvil, ¿dónde tu espada?*



Fachada del Convento de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl de Antas, situado en la calle de El Aire. (Foto Juan Grima)

*Soy yo el muerto. La dormida.  
Sólo Tú, Señor,  
Desea por mí tu misma gloria,  
tu misma Paz.*

*Muere la luz, mariposa cansada,  
y llegas Tú, Señor de la Noche,  
Huésped de las tinieblas,  
Cristo, Dios de la Paz.  
Yo, María en Betania.  
Escuchando.*